

ESCA
EDICIONES

Publica libros de

Poesías
Cuentos
Ensayos
y Novelas



distribuidores
de

Carmen Hebe Tanco

Sarmiento 52 - 2º "E"
4600 - San Salvador de Jujuy
ARGENTINA

Escritora de textos sugerentes que bucean sutilmente en las profundidades del espíritu humano, **CARMEN HEBE TANCO** propone acompañarla para visualizar con nuestra lectura la excitante imaginaria de sus páginas de acabado poético. Pensadora exigente, esculpe en frases precisas una obra en la cual la encarnadura de sus personajes es utilizada para sostener un mundo de percepciones trascendentes. Sobresale en los relatos un equilibrado trabajo donde se amalgama la finitud humana con la eternidad que desvela al pensamiento.

creadora de particularísima inventiva **Carmen Hebe Tanco** ya ha publicado varios libros de poesía, narrativa y ensayo con los cuales introduce a sus seguidores en un universo de sensaciones reveladas, de enorme belleza estética.

Correspondencia con la autora :

Sarmiento 52, 2º "E"
4600 - San Salvador de Jujuy - ARGENTINA

Recientemente publicamos a los escritores :

EMILIO COMAS PARET **HAYDÉE B. MARTÍNEZ**
RALPH J. FERRARA **RUBINSTEIN MOREIRA**
MAESE GREGORIO **AMANDA PATARCA M.**
JORGE SARAFIAN

Director de la colección :

CARLOS PENZA
Corrientes 2963 - 2º cpo. - 1º "G"
1193 - Buenos Aires - Argentina
Tel. y Fax: 88 - 2552 (las 24 hs.)

Distribución mundial (pídalo)

18

todo es **Cuento**®
y

carmen hebe
Tanco

coleccionable

Octubre de 1993

c. h. T.

UNA VEZ, UN JARDÍN

Las filosofías chinas —aun las primitivas— apoyaron la existencia del alma en el hombre, en las cordilleras, ríos, mares, firmamentos, animales y plantas, instando anímicamente a sorber la paz en la quietud del campo, augurando larga vida a los que además, sembraran árboles.

En el siglo XI a. de C., imperó Si-Ma-Guang importante mandarín y dignatario, quien ordenó construir un magnífico jardín en el terreno que circundaba a su residencia.

Así, los expertos contratados, reprodujeron colinas, canales de agua que descendían a los valles propagados con glicinas, frutales florecidos, magnolias.

Usaron bambúes, cuyas matas cubrieron laderas, confundiendo con pétalos silvestres.

En los arroyos fecundaron variedad en peces de colores, adornando las orillas con pinos de troncos tortuosos, crisantemos, coníferas y arbustos.

Al centro, un gran kiosco servía de biblioteca, en la cual los novicios estudiantes, consultaban la ciencia para lograr el Escalón de los Célebres.

Exhibieron heterogéneos pabellones cultivados con hierbas medicinales, aromáticas; grutas con madreelvas entrelazadas, piedras decorando láminas calcáreas.

Menciónanse peñascos de cuidadosas, cristalinas cascadas.

Las tradiciones cuentan que el bello parque, era verdaderamente reverenciado por comerciantes, mercaderes y viajeros de legendarios extremos.

Si-Ma-Guang lo amaba de un modo natural, entrañable, como a una parte de sí mismo, al igual que un hermano o un amigo.

Conocía sus horizontes, sus recovecos, hasta haber penetrado en el carácter armónico, estable de la atmósfera verdosa, límpida, con proximidad humana en los helechos vírgenes y los estambres mansos, en el silencio imponente de los jazmines, en la visión paradisíaca que ofrecía a cualquier criatura de la época.

A él acudía en los anocheceres en procura de alivio, a redoblar bríos en expectantes empresas, a despejar perspectivas de alboroto, a corregir el hambre y regresar al sueño.

No depende del mundo, del ego, no depende de nadie, pero resultan inevitables las manías de relojes—calendarios con sus trastornados mecanismos y pedales, arribando a momentos, a recursos.

¿Cambian los lugares como las personas? ¿Se transforman sensiblemente como nosotros en el tiempo?

En ocasiones se termina odiando, maldiciendo aquello que se ha querido tanto; la observadora práctica vivencial con su medusa manifiesta de crueldad, lo ha establecido siempre.

Ocurrió en la marcha nocturna de un impreciso día, que un viento áspero, caliente, hamecó blandamente, gustoso, el follaje con un fino, vidrioso y reseco polvillo picante.

La vegetación tomó un olor ácido, dilatado, las hojas se arrastraron buscando lote donde ocultarse, perecieron las corolas empantanadas en los saltos descompuestos de las fuentes. Descarrilaron líquidos en perfumes agrios.

El vergel apareció en las primeras horas como un ámbito de terror, en penumbra humosa, exterminado; como altiplano neblinoso, desolado de un planeta.

Junto a la ventana en la apertura de las luces, el mandarín sintió que se le cerraba la garganta con una amarga e irreconocible fobia en contra del espectro, en contra suya, de la gente, del universo entero y cayó dislocado por el golpe del espanto.

¡Santo Cielo! ¿Por qué permites que tus hijos se abandonen en los desmoronamientos de posiciones y patrimonios conquistados en una atroz lucha de años e incontables insomnios?

Escasos meses después que esa fuerza y maligna revoltura destruyera el espíritu del prado, cesó el dignatario consumido, anonadado en la memoria de su fronda, abominando la idea que una vez concibiera la franja enarbolada.

CANDELA, ÁNGEL DE LA GUARDA NUESTRA

En el pueblo entendemos que Candela habita en las fronteras de la muerte. De pequeña dialogó con hadas de mantos triangulares y sombrerudos duendes.

Siendo moza, pasó a ser arregladora de los inconvenientes, pesares engorrosos y problemas. Nos la quedamos como salvadora, ángel de la guarda nuestra.

Sé que más allá del conjuntado, el futuro se prolonga a borbotones, que resaltan acumuladas ciudades con sus proles; pero afinamos sabiendo que somos el pasado, en retacanas villas de pórticos sin llaves, espejos rotos, la sequía acostumbrada y una que otra vez, estrellas descolgadas en los patios del fondo.

Los muy jóvenes se fueron; oyeron recados, acordes; se les hizo indispensable atisbar otros parajes.

Aquí nacimos, aquí moriremos, en uñidura a los pastos bravos, al barro pétreo, a los torpes hormigueros e inestables alambradas. No hemos perdido caminos por temor al progreso, decidimos no recorrerlos, sólo eso.

Es común oír hablar de lerdos, pero no nos atrevimos a prevalecer sin Candela ni un segundo completo. Ella puede conversar en cualquier margen con todos los que expiraron, hasta con los que todavía no vivieron.

Raro, rarísimo lo que estoy narrando; realidad adherida calle abajo, rebotada en las paredes, calandria de los techos.

— "Veré —asiente Candela sumida en la paciencia— cuando le describen dueños acongojados, los extravíos de vacas pardas y oxidados candados.

— Entre los quejidos de las enamoradas, si habrá boda, ¿pronto? ¡Ah! Si compraremos casa.

— Candela, Candela, necesito alivio, pregunta si llueve, si para abreviar recogerán aljibes.

— Confusa estoy querida en los suspiros ¿querrán tus ánimas benditas pronosticarme suertes? Porque de lo pisado ya no me importa nada.

— Candela mano de luna, no duermo. Haz que cierren desvelos mis importunados párpados.

— Deseo niña del pecho vasto, que convengas pesadillas, pasiones varios pretenden y a ninguno aprecio.

— ¡Ay madre! Me han dicho que iré al infierno, por no leer la Biblia, miro novelas. ¿Oraciones recomendadas?

— Que sea varón —gime la parturienta— traiga valor y renuncie estas veredas desiertas.

— Si no es tamaña molestia, mujercita buena, avísame si concluiré, estoy agotada, en harura vieja; olvidé en la corriente de arrastre pesada, si quedé con alguien, por algo en deuda.

Los simples claman —no sin causa— solicitan, avanzan sin dejar de ser, tambaleando se afirman. En la yema del infinito para no desvanecer, precisamos de una Candela.

Recientemente advertimos su notable levedad, casi etérea. Se nos ha dado por entrever que de tanto convenir en esos paralelos, se ha trasladado a aposentar la bruma.

EL FINAL

Entorné los ojos cuando los últimos reflejos del sol estaban detrás de la montaña, para evitar la sensación inquieta, diaria de nostalgia.

Una especie de pánico me asaltó, presentí que una compuerta secreta, desconocida, acababa de abrirse en algún rincón de mi conciencia.

Tuve noción de tendones endurecidos, de una excitación creciente, extraña, potente, que no podía controlar y a la que la voluntad seguía en sus ondulaciones sin atinar rechazo.

De pronto un dolor frío ramificó velozmente por la espalda, se incrementó en los miembros de forma instantánea: quedé rígida.

Traté de razonar interpretando que era presa de un ataque, de la manipulación de un acoso, intenté aspirar hondamente, mas la opresión se amotinó hasta retumbar mis sienas.

¿Qué lapso sería entonces?

No experimenté otra impresión que la del desfiladero angosto, detenido mucho antes, o la de haber marchado hacia atrás, aunque no ubicaba dónde.

Sin duda había sufrido una inconsciente alteración en la acepción del transcurrir; aturdía el tronar entrecortado de la respiración y un sudor copioso me empapaba.

Ya no resistiría en ese estado.

Poco a poco, un dispositivo sutil e insospechado se deslizó en el corazón oscuro de la defensa, fui recobrando las murallas del yo, edificando aliento, inauguré minutos con las imágenes familiarizadas de las cosas, retomando su hilación y gravedad, reconociendo ruidos frecuentes, bocinas distantes, reacondicionamientos urbanos; deduje que el amanecer se acercaba.

Un pálido resplandor asomó por la cresta del cerro mientras pensaba: debo aplicar ascenso, reanudar la confianza de mi propia naturaleza, controlarme férreamente, explicar ante los míos lo que tengo para dar; claro que ellos no asimilarán que el cuerpo solamente adelantó el final.

CARMEN HEBE TANCO